

Jorge Cuesta:

La imposible permanencia*

Según la fecha inscrita en la tumba del Panteón Francés, Jorge Mateo Cuesta nació el 23 de septiembre de 1903; según otras autoridades nació el día 21 o 22 de ese mes. Lo que sabemos es que se quitó la vida ahorcándose en un sanatorio privado de Tlalpan el 13 de agosto de 1942, hace exactamente 35 años.

En sus breves treinta y ocho años de existencia sufrió una serie de fracasos en su vida personal y profesional que le llevaron a la locura y finalmente al suicidio. Cuesta luchó constantemente contra de la leyenda que se le iba creando. Y cuando sucumbió ante ella perdimos de vista el heroísmo de su vida en la ignominia de su muerte, el destello de su inteligencia en la oscuridad de su destino.

La Antología de la poesía mexicana moderna, patrocinada por el general Obregón y publicada por Cuesta en 1928, causó un escándalo por favorecer a la joven generación de poetas y excluir sumariamente a eminencias poéticas tales como Gutiérrez Nájera, Nervo y Othón. Cuesta provocó otro escándalo literario en 1932 al publicar en los dos primeros números de su revista Examen, fragmentos de Carriátide, novela de Rubén Salazar Mallén escrita en un lenguaje a veces demasiado grosero para la sensibilidad de la época. Fue consignada la revista, y el ya deslustrado nombre de Jorge Cuesta se obscurió un poco más.

En julio de 1930, Xavier Villaurrutia escribió en su diario:

"Los poetas mexicanos nuevos no pueden ser —ni siquiera son— populares en México. Su obra no es el espejo de México. La suya es, más bien, una literatura de ejemplo."¹

Esta actitud, característica de los "Contemporáneos", entre quienes figuraba Cuesta, provocó la ira y el

menosprecio de otros grupos de escritores comprometidos con los problemas sociales del México postrevolucionario, determinados a forjar una nueva cultura en fuegos autóctonos. Precisamente en esas fechas Cuesta renunció al apoliticismo de los "Contemporáneos" y publicó en la prensa nacional una serie de ensayos en la que criticaba severamente proyectos políticos y culturales del régimen. Al mismo tiempo siguió escribiendo una poesía que era,

en gran parte, sintáctica y conceptualmente difícil de comprender y estrictamente tradicional en su forma exterior.

Para Cuesta, una actitud crítica era la única a que debía atenerse un verdadero revolucionario, creencia que fue vista por aquellos a quienes atacó como un sofisma detrás del cual se escondía una inflexible naturaleza reaccionaria. Por acudir a la prensa nacional para polemizar con figuras de no poca influencia



Fotografía de Manuel Álvarez Bravo

Con esta selección (cuyo título es nuestro) y la contenida en el *Material de Lectura* No. 12, presentada por Adolfo Castañón, la Dirección de Difusión Cultural publica, en su totalidad, la obra poética de Jorge Cuesta.

política (como, por ejemplo, Narciso Bassols y Vicente Lombardo Toledano) se levantó una hostilidad en contra de Cuesta que ayudó a provocar el soslayo de su obra. Lo dice bien claro Rubén Salazar Mallén:

"Jorge Cuesta había escrito como hombre independiente y limpio, y eso no podía perdonársele. Al contrario, se le puso el marbete de 'reaccionario' para hacerlo despreciable, para que se le olvidara."²

El generoso poeta y crítico Ali Chumacero fue uno de los primeros en rendirle homenaje.³ Poco a poco la obra de Cuesta se dio a conocer, y finalmente, en 1964, apareció la meritoria recopilación de sus escritos dispersos hecha por Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán.⁴ Lanzado ya el movimiento de apreciación de diversos aspectos de la obra de Cuesta, la publicación de los cuatro volúmenes de Schneider y Capistrán estimularon a varios críticos a revalorarlo y estudiarlo.

De la actitud de Cuesta hacia la poesía Elias Nandino ha escrito:

"Exigia la perfección, pero lógicamente anárquica. Afirmaba que la poesía era un problema de multiplicación que el lector debía resolver."⁵

Efectivamente, los versos de este poeta químico nos exigen paciencia y esfuerzo mental. En realidad todos sus poemas son contemplativos; pertenecen a un diálogo interior en que Cuesta se pregunta acerca de la vida y la muerte, el ser y el no ser, el cuerpo y el alma, la memoria, el amor, el placer y el deseo, todos dentro del contexto del cambio constante y de su necesidad de encontrar la permanencia. La desesperada y obsesiva búsqueda por la permanencia en una vida hecha absurda por la labor del tiempo es la fuerza motivadora detrás de toda su expresión poética.

El "Canto a un dios mineral", poema hermético concluido un poco antes de su muerte, es la culminación de su obra poética y, a la vez, la solución al problema de la permanencia expresado en ella. En el "Canto" Cuesta descubre que es un lenguaje esencial —la poesía misma— lo que da unidad, propósito y permanencia al ser.

La obra poética de Cuesta conocida hasta la fecha (excluyendo versiones con variantes y traducciones) consta de treinta y ocho poemas cortos, la mayoría de ellos sonetos, y el largo "Canto a un dios mineral", silva de treinta y siete estrofas.

De la selección que ofrezco aquí, los cinco primeros poemas no aparecen en la recopilación de Schneider y Capistrán; de los demás, a veces he tenido que hacer enmiendas, dar preferencia a variantes, o escoger una de dos o más versiones del mismo poema.⁶

El lector que penetre en el mundo laberíntico de Cuesta encontrará hilos que le conducirán al entendimiento de un gran poeta mexicano que está todavía por conocerse. La

permanencia que Jorge Cuesta buscó, está aquí, en su "palabra que arde", y en nosotros, que la leemos.

Nigel Grant Sylvester

NOTAS

¹ Xavier Villaurrutia, *Xavier Villaurrutia: Obras* (México: Fondo de Cultura Económica, 1966), p. 618.

² De un recorte de periódico en el *Fichero Bio-bibliográfico Mexicano* coleccionado por Silvino M. González y archivado en la Biblioteca Nacional, México. No se señala fuente alguna.

³ En su artículo "Jorge Cuesta o la Traición de la Inteligencia", introducción a un amplio suplemento de veinticuatro páginas de poesía de Cuesta. *Tierra Nueva*, 15 (diciembre 1942).

⁴ Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán, *Jorge Cuesta: Poemas y Ensayos* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1964).

⁵ Elias Nandino, "Retrato de Jorge Cuesta", *Poesía de Jorge Cuesta* (México: Editorial Estaciones, 1958), p. 9.

⁶ Para la historia de los poemas no recopilados ver el artículo de Luis Mario Schneider "Jorge Cuesta: tres poemas recuperados", *Siempre* (14 de abril de 1971), 9, y mi artículo "Jorge Cuesta: 'Retrato de Gilberto Owen'", *Revista de la Universidad de México*, XXIX, 6-7 (febrero-marzo 1975). Publiqué los tres otros poemas no recopilados que aparecen en esta selección ("Tu ausencia viva", "Entre tú y la imagen..." y "Ninguna forma fija te contiene") en *El zaguán* (invierno 1977). En cuanto a las enmiendas, las justifico en mi tesis doctoral "The Poetical Works of Jorge Cuesta (México, 1903-1942)" aprobada en la Universidad de California (Berkeley) en mayo de 1975.



DELGADA

Delgada, diluida, tenue,
para mis manos ávidas de palparte
gruesa y dura.

Incolora, diáfana,
para mis ojos fatigados sin fruto,
sedientos de tu color espeso y opaco.

Sin olor, sin aliento
en la sombra fría que respiras y abres
y que vuelve a cerrarse expulsando de su aire
la huella móvil que tu vida abandona.

Sin voz, sin palabras
en el murmullo deshilado y deshecho
que pierde la forma que le dan tus labios.

Sin ruido, sin eco
en el largo corredor de mis oídos,
donde te borras antes de que pases.

Y sin peso y sin realidad
sobre mi cuerpo inútil que exagera
el esfuerzo que sueña apoyarte y sentirte.

RÉPLICA A IFIGENIA CRUEL

Creció mi vida y se hizo
el espacio que invade su presencia,
donde su voz no muere y se termina
y el ademán que olvida a su cuerpo se une.

Nada pierde de ti
en el tiempo que soy donde te mueves,
nada desaparece o se diluye
sino que fijamente se presenta.

Pero llora su vana vigilancia
la ruina del contorno que medía,
mirando que desborda su apariencia
en la extensa avidez que la vacía.

Desordénate, enloquece, entrégate
al ademán violento con que aspiras
a escapar de la ley que te contiene
o salir del azar donde te viertes:
nada podrás abandonar, y nada
se retira del cuerpo a donde vuelves.



TU AUSENCIA VIVA

Tu ausencia viva a tu presencia invade,
que lentamente muere, si se mira;
pues no por verte más se acerca el horizonte de los
más vacío mientras más profundo. [ojos,
En la ventana, los cuadros y el espejo,
un aire indiferente y helado se aleja
de tu respiración, que renueva su asfixia,
inaccesible en ellos
el mundo inmóvil a donde no penetra
tu vida, tu presencia presa en el movimiento
de tu muerte fugaz y paulatina.

ENTRE TÚ Y LA IMAGEN . . .

Entre tú y la imagen de ti que a mí llega
hay un espacio al cabo del cual eres sólo una memoria.
Tienes tiempo de abrir la puerta sin que te vea,
huir y regresar después de haber cambiado o muerto
[del todo.
Tienes tiempo de hacerte presente a otros ojos
y dejar en ellos otra visión deshabitada.
Tus palabras son hondas para contener en sus ecos
otras oscuras que escucharé precisas cuando te hayas
[apagado
para sepultar en sus silencios dichas que no posees,
dichas que de ti apartan —porque no de tu ausencia—
los fragmentos de ti, que las sujetan,
distantes uno de otro, dispersos y recónditos.
Sin reintegrarte nunca la vida que te arrancan
y sólo tu muerte recupera.

NINGUNA FORMA FIJA TE CONTIENE

Ninguna forma fija te contiene,
ningún contorno durable te aprisiona
y mientras más intensa es la luz están tus sombras más
[hondo.
Tu movimiento junta una estatua ficticia
que es la armadura con que cubre
el amor sus hastíos vulnerables;
mas detrás de su muro mentiroso
orgías secretas te vencen
y tu rostro corroen por adentro
tus desórdenes íntimos.
Nunca llega a mirarte el amor que no cierra
los ojos, para ver en la sombra
donde te desnudas a los tactos que mueren
sin abrirse a la oscura tormenta
que te arranca y te arroja a la aventura;
sin buscar los fragmentos de ti que te desprenden
la ruina y el desorden de la noche.

APENAS FIEL COMO EL AZAR PREFIERA

Apenas fiel como el azar prefiera,
que me pierda miradme y que reviva;
que a sí misma la imagen de hoy se esquivia
y a la futura aún sólo tolera.

Seré así diferente cuando muera:
no tocará la muerte lo que viva,
sino en la piel, distante y fugitiva,
la huella exhausta de lo que antes era.

Al instante irresuelto que sucede
el firme yugo actual no lo cohibe;
mas libre lo abandona a su ventura

donde la orilla del instante cede,
y sólo la fatiga que concibe
subtrae el rostro, que la muerte apura.

HORA QUE FUE, FELIZ, AUN INCOMPLETA

Hora que fue, feliz, aun incompleta
de mí no tiene ya, para ser mía,
sino los ojos que la ven vacía,
despojada de mí, sorda y secreta.

Se me borra su voz, y no interpreta
sus ecos póstumos la fantasía,
que vida ajena y emboscada cría
en mi dicha más íntima y sujeta.

Prófugo, ausente el gozo en que se apura
el ocio vivo y la pasión futura,
no arranco más a mi exterior abismo;

memoria que se nubla y se suprime
y mirar que la muerte se aproxime
a una obscura insistencia de mí mismo.



FUNDIDO ME SONÉ AL PLACER QUE AFLORA

Fundido me soné al placer que aflora,
pero vive sin mí, pues brilla y pasa:
su prisa de quemarse me retrasa
y me subtrae a lo que en mí devora.

Desprendido de mí quien se enamora
y en su fuego absorbió la vida escasa,
soy el residuo estéril de su brasa
y me gana la muerte desde ahora.

Lo que pasa por mí no es igualado
y repuesto después de que aparece;
su ausencia sólo soy, que permanece.

Oh, muerte, ociosa para lo pasado,
tu sombra es vasta y la ocasión y el nido
del defecto que soy de lo que he sido.

TU VOZ ES UN ECO, NO TE PERTENECE

Tu voz es un eco, no te pertenece,
no se extingue con el soplo que la exhala.
Tus pasos se desprenden de ti
y hacen caminar un fantasma intangible y perpetuo
que te expulsa del sitio donde vives
tan pasajera y te suplanta.
Tanto mi tacto extremas y prolongas
que al fin no toco en ti sino humo, sombras, sueños,
[nada.

Como si fueras diáfana
o se desvaneciera tu cuerpo en el aire,
miro a través de ti la pared
o el punto fijo y virtual
que suspende los ojos en el vacío
y por encima de las cosas en movimiento.

FUE LA DICHA DE NADIE ESTA QUE HUYE

Fue la dicha de nadie esta que huye,
este rastro de mí que ya no aspiro;
pero ¿qué más de su evasión retiro
que otra imagen que no se restituye?

Una pérdida a otra substituye
sucediendo al que fui nuevo respiro.
Y si encuentro al que fui, cuando me miro,
una dicha presente se destruye.

Cada instante son dos cuando acapara
lo que se adhiere y lo que se separa
al azar de su vago sentimiento.

Qué estéril voluntad es la que dura
y no transmite a su presión futura
la deslealtad de su temperamento.

PARAÍSO PERDIDO

Si en el tiempo aún espero es que, sumiso,
aunque también inconsolable, entiendo
que el fruto fue, que a la niñez sorprendo,
no don terreno, mas celeste aviso.

Pues, mirando que más tuvo que quiso,
si al sueño sus imágenes suspendo,
de la niñez, como de un arte, aprendo
qué sencillez le basta al paraíso.

El sabor embriagado y misterioso,
claro el oído (el mundo silencioso
y encantados los ruidos de la vida)

vivo el color en ojos reposados,
el tacto cálido, aires perfumados
y en la sangre una llama inextinguida.

SIGNO FENECIDO

Sufro de no gozar como debiera:
tu lágrima fue el último recelo
que me ascendió los ojos a tu cielo
y me llevó de invierno a primavera.

Junto a mi pecho te hace más ligera
la enhiesta flama que alza tu desvelo.
Tus plantas de aire se aman en mi suelo
y te me vuelves casi compañera.

Estás dentro de mí cómoda y viva
—linfa obediente que se ajusta al vaso—.
Mas la angustia de ti se me derriba,

se me aniquila el gesto del abrazo.
Y te pido un amor que me cohiba
porque sujeta más con menos lazo.



AMOR EN SOMBRA

Abro de amor a ti mi sangre rota,
para invadirte sin saberte amada.
El íntimo sollozo es negra espada
que en la dureza de su luz se embota.

Al borde de mi sombra tu alma brota,
así me linde está más amparada.
y aunque la fuga es más precipitada
tu ausencia es cada vez menos remota.

Tu luz es lo que más me apesadumbra
y si enciendes mis ojos con tu vida
el corazón me dobla la penumbra.

Mi soledad tu nombre dilapida
a la sombra del aire que te encumbra
y apaga el lujo de tu voz vencida.

DEJA ATRÁS A MI CEGUERA

Deja atrás a mi ceguera
la imagen que se retira.
Obscuridad es quien mira,
si no, a mí entonces me viera.

Soy el que nunca está fuera
del que a verse enfrente aspira
y está vagando y delira
si él mismo se considera.

La imagen que permanece
cambia sólo su presencia,
vive de su diferencia.

Y cuando desaparece
queda la sombra tras ella,
no yo ni ninguna huella.

